

La
NOVELA
de la
MOMIA

Théophile Gautier



El descubrimiento por parte de Lord Evandale y el egiptólogo alemán doctor Rumphius de la cámara mortuoria de un faraón, y el hecho sorprendente de que ésta contenga la momia de una mujer, Tahoser, la cual lleva un papiro que el doctor Rumphius transcribirá, es el punto de partida para que el autor haga una recreación histórico-artística del Antiguo Egipto, centrada en la ciudad de Tebas. Una gran historia de amores imposibles: el de lord Evandale por la momia de Tahoser, el del Faraón por Tahoser y el de ésta por el hebreo Poeri.

Señor Ernest Feydeau

Le dedico este libro, que por derecho le pertenece; al permitirme acceder a su erudición y a su biblioteca, me ha hecho creer usted que yo era sabio y que conocía el antiguo Egipto lo bastante para poder describirlo; siguiendo sus pasos, me he paseado por los templos, los palacios, los hipogeos^[1], por la ciudad de los vivos y la ciudad de los muertos; usted levantó ante mí el velo de la misteriosa Isis y resucitó una gigantesca civilización desaparecida. La historia es suya, la novela mía; sólo he tenido que engastar con mi estilo, como con el cemento de un mosaico, las piedras preciosas que usted me proporcionó.

Th. G

Prólogo

—Tengo el presentimiento de que encontraremos en el valle de Biban al-Moluk una tumba inviolada —decía a un joven inglés de porte aristocrático un personaje mucho más humilde, mientras secaba con un gran pañuelo a cuadros azules su frente calva perlada de gotas de sudor, lo que hacía que pareciese una vasija de arcilla de Tebas a la que hubiesen llenado de agua.

—Que Osiris le oiga —respondió al doctor alemán el joven lord—. Es una invocación que podemos permitirnos delante de la antigua *Diospolis Magna*; pero son ya muchas las veces en que acabamos frustrados; los ladrones de tumbas siempre se nos han adelantado.

—Una tumba que no haya sido excavada ni por los reyes pastores, ni por los medos de Cambises, ni por los griegos, ni por los romanos, ni por los árabes, y que reserve para nosotros sus riquezas intactas y su misterio —continuó el sabio con un entusiasmo que hacía relucir sus pupilas detrás de los cristales azules de sus gafas.

—Y sobre la que usted publicará un artículo erudito que le situará en la ciencia de la arqueología a la altura de Champollion, de Rosellini, de Wilkinson, de Lepsius y de Belzoni —dijo el joven lord.

—Se lo dedicaré, milord, se lo dedicaré: porque sin usted, que me ha tratado con una generosidad regia, nunca habría logrado confirmar mi sistema por medio del examen de los monumentos, y habría muerto en mi pequeña ciudad alemana sin haber contemplado las maravillas de esta tierra antigua —repuso el sabio, visiblemente emocionado.

Esta conversación tenía lugar no lejos del Nilo, a la entrada del valle de Biban al-Moluk. La mantenían lord Evandale, montado en un caballo árabe, y el doctor Rumphius, acomodado con mayor modestia sobre un asno cuya grupa flaca azotaba con su bastón un *fellah*. La embarcación que había transportado a los dos viajeros, y que durante su estancia iba a servirles de alojamiento, estaba amarrada en la orilla opuesta del Nilo, frente a la aldea de Luxor, con los remos alzados y las grandes velas triangulares plegadas y sujetas a las vergas. Después de dedicar varios días a la visita y el estudio de las asombrosas ruinas de Tebas, residuos gigantescos de un mundo desmesurado, habían cruzado el río en un *sandal* (una especie de gabarra ligera propia del país), y se dirigían a la árida cadena montañosa que encierra en su seno, en el fondo de misteriosos hipogeos, a los antiguos habitantes de los palacios de la otra orilla. Algunos miembros de la tripulación acompañaban a distancia a lord Evandale y al doctor Rumphius, mientras los demás guardaban la embarcación tendidos en el puente a la sombra de la cabina, fumando apaciblemente en pipa.

Lord Evandale era uno de esos jóvenes ingleses, irreprochables desde cualquier punto de vista, que constituyen el tributo entregado a la civilización por la aristocracia británica: exhibía en todas partes la seguridad desdeñosa que le proporcionaban una gran fortuna hereditaria, un nombre histórico inscrito en los libros nobiliarios, y una belleza tal que sólo podía decirse de ella que era demasiado perfecta para un hombre. En efecto, su cabeza, de rasgos puros aunque algo fríos, semejaba una copia en cera de la de Meleagro o la de Antinoo. El tono rosado de sus labios y sus mejillas parecía realzado por el carmín y los afeites, y sus cabellos de un tono rubio oscuro se rizaban naturalmente con toda la corrección que les habrían impuesto un peluquero experimentado o un hábil ayuda de cámara. Sin embargo, la firme mirada de sus pupilas de un azul acerado y el ligero sarcasmo con que avanzaba el labio inferior, co-

regían cualquier sugerencia de afeminamiento en su aspecto.

El joven lord, miembro del Yacht Club, se permitía de vez en cuando el capricho de una excursión en su ligera embarcación, llamada *Puck*, construida con madera de teca, acondicionada como un *boudoir* y conducida por una tripulación poco numerosa pero compuesta por marinos bien seleccionados. El año anterior había visitado Islandia; el presente año su destino era Egipto, y el yate lo esperaba en la rada de Alejandría. Para que el viaje no resultara inútil, le acompañaban un sabio, un médico, un naturalista, un dibujante y un fotógrafo. El mismo había estudiado mucho, y sus éxitos mundanos no habían hecho olvidar sus triunfos en la Universidad de Cambridge. Vestía con la rectitud y el esmero meticuloso característicos de los ingleses, que recorren las arenas del desierto con la misma indumentaria con la que se pasearían por la escollera de Ramsgate o las amplias aceras del West End londinense. Un paletó, un chaleco y unos pantalones de cutí blanco, concebidos para refractar los rayos solares, componían su atuendo, completado por una fina corbata azul a topos blancos y un sombrero panamá de textura extremadamente fina, provisto de un velo de gasa.

Rumphius, el egiptólogo, conservaba, a pesar de aquel clima ardiente, la levita negra tradicional del sabio con sus faldones sueltos; el calor había deformado el cuello duro, y los botones estaban tan desgastados que algunos habían escapado de su envoltorio de seda. El pantalón negro brillaba por el roce frecuente, y la trama se transparentaba en algunos lugares; cerca de la rodilla derecha, un observador atento habría advertido, sobre el fondo gris de la tela, unas rayas paralelas de un tono más intenso, testimonio de la costumbre del sabio de secar en esa parte de su atuendo la pluma demasiado cargada de tinta. La corbata de muselina, de nudo flojo, flotaba alrededor del cuello, singular por lo prominente de ese cartílago que las mujeres llaman nuez

de Adán. Por más que vistiera con la negligencia propia de un científico, Rumphius no era un hombre guapo: algunos cabellos rojizos, entreverados con hebras grises, se agrupaban detrás de sus orejas de soplillo y se rebelaban contra el cuello demasiado alto de la camisa; su cráneo, completamente calvo, brillaba como un espejo por encima de una nariz de una longitud prodigiosa, esponjosa y abultada en la punta, configuración que, unida a los discos azulados de las gafas, le daban un vago parecido con el ibis, enfatizado aún más por unos hombros hundidos, lo que constituía un aspecto muy adecuado y casi providencial para un descifrador de inscripciones y cartuchos jeroglíficos. Podía tomárselo por un dios ibiocéfalo^[2] como los que aparecen en los murales funerarios, confinado en un cuerpo de sabio como consecuencia de alguna transmigración.

El lord y el doctor caminaban hacia los riscos verticales que encierran el valle fúnebre de Biban al-Moluk, la necrópolis real de la antigua Tebas, enfrascados en la conversación que hemos reseñado, cuando, surgiendo como un troglodita de la boca oscura de un sepulcro vacío, residencia ordinaria de los *fellahs*, apareció bruscamente en escena un nuevo personaje, vestido de una manera bastante teatral, que se plantó delante de los viajeros y les saludó con esa elegante reverencia de los orientales, a la vez humilde, amistosa y digna.

Era un griego, contratista de excavaciones, mercader y fabricante de antigüedades, vendedor en caso de necesidad de lo nuevo, cuando lo antiguo faltaba. Por lo demás, nada en él denunciaba al vulgar y famélico explotador de extranjeros. Iba tocado con un *tarbuj* de fieltro rojo, cubierto por detrás por un largo chal de seda de color azul, y que dejaba ver, bajo el estrecho reborde blanco de un primer casquete de tela pespunteada, unas sienes despejadas y una barbilla bien rasurada. La tez olivácea, las cejas negras, la nariz ganchuda, los ojos de ave de rapiña, los enormes bigotes, el mentón casi partido por un hoyuelo que parecía

la cicatriz de un sablazo, le habrían dado la exacta fisonomía de un bandido si la dureza de sus rasgos no se viese suavizada por una actitud servicial y la sonrisa servil del especulador en contacto frecuente con el público. La ropa que vestía estaba muy limpia: consistía en una chaqueta canela con trencilla de seda del mismo color, cnemidas (una especie de polainas) de una tela similar, un chaleco blanco adornado con botones que imitaban flores de margarita, un ancho cinturón rojo e inmensos calzones amplios de innumerables pliegues.

Ese griego llevaba mucho tiempo observando la *canga* anclada delante de Luxor. Por sus dimensiones, el número de remeros, el lujo de la decoración y, sobre todo, por el pabellón de Inglaterra que ondeaba en la popa, su instinto mercantil había detectado la presencia de algún rico viajero cuya curiosidad científica podría explotar, y que no se contentaría con estatuillas de arcilla esmaltada azul o verde, escarabajos grabados, reproducciones en papel de paneles con jeroglíficos y otras muestras menores del arte egipcio.

Siguió las idas y venidas de los viajeros por entre las ruinas y, sabedor de que una vez satisfecha su curiosidad no dejarían de cruzar el río para visitar los hipogeos reales, les esperaba en su propio terreno, seguro de sacarles algo; consideraba aquel territorio fúnebre como de su propiedad, y echaba de él sin contemplaciones a los merodeadores que se atrevían a husmear por las cercanías de las tumbas.

Con la astucia característica de los griegos, por el aspecto de lord Evandale calculó con rapidez los ingresos probables de Su Señoría, y tomó la resolución de no engañarle, pensando que ganaría más dinero con la verdad que con una mentira. También renunció a la idea de pasear al noble inglés por los hipogeos recorridos centenares de veces ya, y descartó la opción de incitarle a excavar en lugares en los que sabía que no encontraría nada, porque ya él mismo había extraído y vendido muy caro cuanto en ellos

había de curioso. Argiropoulos (así se llamaba el griego) había explorado rincones del valle mucho menos frecuentados que otros, porque hasta entonces no se había producido ningún hallazgo en ellos, y sospechaba que en cierto lugar, detrás de unas rocas cuya disposición parecía fruto del azar, era posible que se encontrase la entrada de una galería disimulada con especial cuidado, algo que su gran experiencia en ese género de investigaciones le había permitido reconocer por mil indicios imperceptibles para ojos menos clarividentes que los suyos, agudos y penetrantes como los de los gipaetos posados en el entablamento de los templos. Dos años atrás había hecho aquel descubrimiento, y desde entonces se había abstenido de dirigir sus pasos o sus miradas hacia aquel lugar, por miedo de dar alguna pista a los violadores de tumbas.

—¿Vuestra Señoría tiene intención de iniciar alguna excavación? —preguntó Argiropoulos en una especie de jerga cosmopolita cuya sintaxis embrollada y sus consonantes extrañas no intentaremos reproducir, pero que imaginarán sin esfuerzo todos aquéllos que hayan recurrido a los servicios de esos *drogmans* políglotas que de tantas lenguas que intentan utilizar acaban por no saber ninguna. Por fortuna, lord Evandale y su sabio acompañante conocían todos los idiomas maltratados por Argiropoulos—. Puedo poner a su disposición un centenar de intrépidos *fellahs* que, espoleados por el *courbach*^[3] y el *hachich*, arañarían con las uñas la tierra hasta llegar a su centro. Podemos intentar, si place a Vuestra Señoría, desenterrar una esfinge, desescombrar un templo, abrir un hipogeo...

Al observar que tan apetitosa enumeración dejaba al lord impasible y que una sonrisa de escepticismo se dibujaba en los labios del sabio, Argiropoulos comprendió que no estaba ante unos extranjeros incautos y se reafirmó en la idea de vender al inglés el hallazgo con que contaba para redondear su pequeña fortuna y reunir la dote para su hija.

—Adivino que sois sabios y no simples viajeros, y que las curiosidades vulgares no os atraen —continuó, hablando en un inglés mucho menos contaminado de griego, árabe e italiano—. Os mostraré una tumba que ha escapado hasta ahora a las investigaciones de los excavadores, y que nadie excepto yo conoce; es un tesoro que he reservado con el mayor celo para una persona que sea digna de él.

—Y se lo harás pagar muy caro a esa persona —dijo el lord con una sonrisa.

—Mi franqueza me impide contradecir a Vuestra Señoría; espero conseguir un buen precio por mi descubrimiento; en este mundo, todos vivimos de nuestras habilidades: la mía consiste en desenterrar faraones y venderlos a los extranjeros. Al ritmo que llevamos, el faraón empieza a escasear; no hay suficientes para satisfacer la demanda. Se trata de un artículo muy solicitado, y hace mucho tiempo que ha dejado de fabricarse.

—En efecto —dijo el sabio—, hace ya bastantes siglos que los colquitas, los parasquistas y los tarisqueutes han cerrado sus talleres, y que los vivos han desertado de los Memnonia, los tranquilos barrios de los muertos.

El griego miró al alemán de soslayo al oír estas palabras; pero juzgó, por su raída vestimenta, que no tenía voto decisivo en la cuestión, y siguió tomando al lord como único interlocutor.

—Por una tumba de la mayor antigüedad, milord, y que ninguna mano humana ha tocado desde que, hace más de tres mil años, los sacerdotes cegaron con rocas la entrada, ¿es demasiado pedir mil guineas? En verdad, se trata de un precio regalado, porque es posible que la tumba encierre montones de oro, collares de diamantes y perlas, pendientes de rubíes, sellos de zafiro, ídolos antiguos de metales preciosos, monedas..., de todo lo cual puede sacarse buen partido.

—Es usted un charlatán redomado —dijo Rumphius—. Pregona bien su mercancía, pero sabe mejor que nadie que

tales cosas no se encuentran en las sepulturas egipcias.

Argiropoulos comprendió que estaba tratando con expertos y dejó de charlatanear al instante. Se volvió a Evandale, y le dijo:

—Y bien, milord, ¿le interesa el trato?

—De acuerdo en las mil guineas —respondió el joven lord—, si la tumba nunca ha sido abierta, como afirmas, y nada..., si una sola piedra ha sido removida por las palas de los buscadores.

—Y con la condición —intervino el prudente Rumphius— de que podamos llevarnos todo lo que encontremos en la tumba.

—Acepto —repuso Argiropoulos, con un aire de total seguridad en sí mismo—. Vuestra Señoría puede ir preparando ya sus *banknotes* y su oro.

—Querido señor Rumphius —dijo lord Evandale a su acompañante—, el deseo que expresaba usted hace un momento quizá se cumpla muy pronto; este buen hombre parece seguro de lo que ofrece.

—¡Dios lo quiera! —respondió el sabio, mientras se pasaba una y otra vez por el cráneo sudoroso la manga de su levita, con gesto de duda y escepticismo—. ¡Los griegos son unos mentirosos descarados! *Cretae mendaces*, decían los antiguos.

—Sin duda éste es un griego del continente —señaló lord Evandale—, y me parece que por una vez ha dicho la verdad.

El director de las excavaciones se adelantó unos pasos al lord y al sabio, como persona bien educada que conoce las reglas de la cortesía; caminaba con un paso alegre y seguro, como hombre que se siente en su propio terreno.

Pronto llegaron al estrecho desfiladero que da entrada al valle de Biban al-Moluk. Se diría que aquella cortadura había sido hecha por la mano del hombre en la gruesa muralla montañosa, en lugar de ser una abertura natural; como

si el genio de la soledad hubiera querido hacer inaccesible aquella residencia de la muerte.

En las paredes cortadas a pico de la roca, la mirada discernía vagamente restos informes de esculturas roídas por el tiempo y que podían confundirse con asperezas de la piedra, que esbozaban los personajes fantasmales de un bajorrelieve semiborrado.

Más allá del desfiladero, el valle se ensanchaba un poco y ofrecía el espectáculo de la desolación más sombría.

A uno y otro lado se elevaban, en las escarpadas pendientes, masas enormes de rocas calizas rugosas, leprosas, desmenuzadas, agrietadas, pulverulentas, en plena descomposición bajo el sol implacable. Esas rocas semejaban osamentas de muertos calcinados en la hoguera, por sus profundas cavernas bostezaba su aburrimiento la eternidad, sus mil grietas imploraban la gota de agua que jamás caía. Las paredes subían casi verticales hasta una gran altura, y desgarraban con sus puntas, irregulares y grisáceas, el cielo de un tono azul índigo casi negro, como las almenas rotas de una gigantesca fortaleza en ruinas.

Los rayos del sol caían a plomo sobre uno de los lados del valle fúnebre, mientras que el otro estaba bañado por esa sombra cruda y azul de los países tórridos, que parece inverosímil en los países del norte cuando los pintores la reproducen, y que se recorta con tanta precisión como las sombras dibujadas en el plano trazado por un arquitecto.

El valle se prolongaba, formando recodos en ocasiones, y en otras estrangulándose en nuevos desfiladeros, siguiendo los avances y los retrocesos de los riscos y los cerros de la cadena montañosa bifurcada. Por una particularidad de esos climas en los que la atmósfera, enteramente privada de humedad, ofrece una transparencia perfecta, la perspectiva aérea era inexistente en aquel teatro de desolación; todos los detalles netos, precisos, áridos, se dibujaban, incluso en los puntos más alejados, con una sequedad despiadada, y su lejanía sólo se adivinaba por la pequeñez de sus

dimensiones, como si la naturaleza cruel se hubiera propuesto no ocultar ninguna miseria, ninguna tristeza de aquella tierra descarnada, más muerta aún que los muertos que encerraba.

Por la ladera iluminada resbalaba, como una cascada de fuego, una luz cegadora, semejante a la que brota de los metales en fusión. Cada plano de la roca, metamorfoseado en un espejo ardiente, la reflejaba e incluso la aumentaba. Aquellas reverberaciones entrecruzadas, sumadas al escor-zor de los rayos que caían del cielo repercutidos por el sol, desarrollaban un calor similar al del interior de un horno, y el pobre doctor alemán no alcanzaba a enjugar el sudor que le corría por el rostro con su pañuelo de cuadros azules, empapado como si lo hubieran sumergido en agua.

En todo el valle no podía encontrarse una brizna de hierba, un abrojo, una liana, ni siquiera una placa de musgo que interrumpiese el tono uniformemente blancuzco de aquel paisaje calcinado. Las grietas y las anfractuosidades de las rocas no ofrecían el frescor suficiente para que la menor planta pudiera suspender de ellas su raquítica raíz. Se diría que aquello eran los montones de cenizas que habían quedado como residuo de una cadena montañosa que ardió en un gran incendio planetario, en la era de las catástrofes cósmicas: para dar mayor verosimilitud a la comparación, unas bandas anchas y oscuras, parecidas a cicatrices, surcaban el flanco gredoso de los escarpes.

Sobre aquella devastación reinaba un silencio absoluto que no turbaba ningún pálpito de vida, ni batir de alas, ni zumbido de insecto, ni roce de un lagarto o un reptil; ni siquiera la chicharra, esa amiga de las soledades calcinadas, dejaba oír su címbalo diminuto.

El suelo estaba formado por un polvo micáceo, brillante, y de tanto en tanto se alzaban montículos procedentes de las lascas arrancadas a las profundidades de la montaña por el terco pico de generaciones ya desaparecidas y el cincel de los obreros trogloditas que preparaban en la som-

bra la morada eterna de los muertos. Las entrañas fragmentadas de la montaña habían generado otras montañas, amontonamientos inestables de pequeños pedazos de roca, que parecían elevaciones naturales del terreno.

En los flancos de roca se abrían, aquí y allá, bocas negras rodeadas de bloques de piedra, agujeros cuadrados flanqueados por pilares historiados de jeroglíficos, y cuyos dinteles ostentaban cartuchos misteriosos en los que se distinguían, en un gran disco amarillo, el escarabeo sagrado, el sol con cabeza de carnero, y las diosas Isis y Neftis, arrodilladas o erguidas.

Eran las tumbas de los antiguos reyes de Tebas; pero Argiropoulos no se detuvo allí, y guió a los viajeros por una especie de rampa que no parecía a primera vista más que un pliegue en el flanco de la montaña, interrumpido en varias ocasiones por rocas desprendidas, y que conducía a una especie de estrecho rellano, una cornisa en saledizo en la pared vertical, en la que las rocas, azarosamente esparcidas, conservaban, si se observaba con atención, una especie de simetría.

Cuando el lord, acostumbrado a toda clase de ejercicios gimnásticos, y el sabio, mucho menos ágil, llegaron a su altura, Argiropoulos señaló con su bastón una enorme piedra y exclamó con tono triunfal:

—¡Ahí está!

Argiropoulos dio unas palmadas a la manera oriental, y de inmediato, desde las fisuras de la roca y los repliegues del valle, se aproximaron a toda prisa *fellahs* escuálidos y harapientos que agitaban en los brazos color de bronce palancas, picos, martillos, escalas y todas las herramientas necesarias, y que escalaron la abrupta pendiente como una legión de hormigas negras. Los que no cabían en el estrecho rellano ocupado ya por el empresario de las excavaciones, lord Evandale y el doctor Rumphius, se aferraban con las uñas y se afirmaban con los pies a los pliegues de la roca.

El griego hizo una señal a tres de los más robustos, que deslizaron sus palancas por debajo del gran bloque de piedra. Sus músculos se tensaron como cuerdas en sus brazos enflaquecidos, y cargaron todo su peso sobre el extremo de sus barras de hierro. Finalmente la roca cedió, vaciló unos instantes como un hombre ebrio, y, empujada por los esfuerzos unidos de Argiropoulos, lord Evandale, Rumphius y algunos árabes que habían conseguido apiñarse en el rellano, rodó por la ladera. Otros dos bloques de menores dimensiones fueron apartados sucesivamente, y entonces fue posible juzgar hasta qué punto habían sido justas las apreciaciones del griego. La entrada de una tumba, que con toda evidencia había escapado a las investigaciones de los buscadores de tesoros, apareció en toda su integridad.

Se trataba de una especie de pórtico excavado en la roca viva: en las paredes laterales, dos pilares gemelos estaban rematados por capiteles en forma de cabezas de vaca, cuyos cuernos se curvaban en un creciente lunar isíaco.

Encima de la puerta, baja y con jambas esculpidas con largos paneles cubiertos de jeroglíficos, había un amplio cuadro emblemático; en el centro de un disco de color amarillo, podía verse al lado de un *escarabeo*, signo de los renacimientos sucesivos, el dios de cabeza de carnero, símbolo del sol poniente. Fuera del disco, Isis y Neftis, personificaciones del comienzo y del final, aparecían arrodilladas, con una pierna replegada bajo el muslo y la otra alzada hasta la altura del codo, según la postura egipcia; los brazos estaban extendidos hacia delante en un gesto de asombro ante el misterio, y el cuerpo envuelto en un lienzo ceñido por un cinturón anudado, cuyos extremos pendían.

Detrás de una pared de guijarros y ladrillos crudos que cedió rápidamente a los picos de los trabajadores, quedó al descubierto la losa de piedra que formaba la puerta del monumento subterráneo.

En el sello de arcilla que la cerraba, el doctor alemán, familiarizado con los jeroglíficos, pudo leer sin esfuerzo la